

al deseo de trasladarse á la Escuela de medicina para ver los fragmentos de las costillas que le habian quitado; y tres ó cuatro dias despues regresó á su domicilio á ocuparse en sus quehaceres ordinarios.

El feliz resultado obtenido por Richerand es tanto mas importante, cuanto autorizará acaso en otras circunstancias para empresas que, segun las ideas admitidas, se habrian creído imposibles. Temeráse menos el penetrar en lo interior del pecho.

Hasta confia Richerand que abriendo el pericardio y haciendo convenientes inyecciones en él, llegará á curarse una enfermedad siempre mortal hasta el presente, ó sea la hidropesía de esta cavidad.

La catarata es una ceguera que proviene de haber perdido el cristalino su trasparencia; y desde la mas remota antigüedad se ha conocido el arte de curarla, ya estrayendo el cristalino viciado por una abertura que se practica en la córnea, ya dislocando esta lente por medio de una aguja que penetra en el ojo, dejando de esta manera libre entrada á los rayos luminosos al través de la pupila. Han sido disputadas largo tiempo las ventajas de cada uno de estos métodos, y uno y otro han estado alternativamente en boga: aun hoy dia los oculistas están dividi-

dos sobre su mérito, y prefieren uno ú otro segun la idea que de ellos se forman ó el hábito que han adquirido. Lo que habia prevenido á algunos contra la operacion por dislocacion ó depresion, era la incertidumbre en que estaban sobre lo que sucedía al cristalino, y el temor de que volviese á ocupar su lugar y obstruyese de nuevo la pupila; mas al presente sabemos por los esperimentos de Scarpa, que no tarda en disolverse y ser absorbida en los humores del ojo, y bien pronto no queda vestigio alguno de su existencia.

Roux ha leído á la Academia una Memoria sobre ambos métodos y sobre sus mutuas ventajas: prefiere lo estraccion, pero conviene en que no es aplicable á todos los casos, y entonces es tan solo cuando quisiera que se adoptase la depresion.

Año 1819.

Percy ha comunicado una interesante serie de observaciones sobre las heridas en que se ha manifestado la fosforescencia. Bien sabido es que las materias orgánicas que empiezan á corromperse, por ejemplo, la madera, el pescado, la carne, etc., despiden luz: lo mismo sucede en las heridas, y acaso se hubiera recogido mayor número de esperimentos si la naturaleza de las

cosas permitiese practicar en la oscuridad las curaciones.

Pero Percy, que durante veinte y cinco años de guerras, ora victoriosas, ora desgraciadas, ha tenido que tratar mas de un millon de heridos, hase visto muchas veces obligado á curarlos á oscuras. Así es que ha observado en un jóven soldado de Paris una llaga ligera en la pierna que despidió una luz bastante viva por espacio de mas de quince dias. Este jóven, para aliviarse, habia al principio humedecido las compresas con su propia orina, de suerte que podia atribuirse á ella la fosforescencia; mas algun tiempo despues en el sitio de Manheim se observó una luz bastante viva, un verdadero fuego fatuo, por espacio de mas de seis dias en un oficial cuya herida habia sido curada con compresas humedecidas en agua pura solamente.

Ha visto despues el mismo Percy muchos otros ejemplos de este singular fenómeno, y aun lo ha notado en una llaga procedente de un sabañon.

Se han leído á la Academia algunas memorias sobre muchas enfermedades que pertenecen á remotos climas. Deville ha descrito la espantosa epidemia del cólera-morbo que ha desolado en 1818 á Bengala y á una gran parte del Indostan. Moreau de Jonnés ha dado una *Monografía de la fiebre amarilla* tal como se manifiesta en las An-

tillas, y ha detallado las enfermedades mas comunes de aquellas islas.

Una Memoria interesante de Larrey ha versado sobre los ingeniosos procederes con que ha conseguido este célebre cirujano estirpar un tumor escirroso de enorme volúmen, que ocupaba el cuello y mandíbula inferior, y se hallaba por lo tanto colocado entre numerosos vasos que era tan difícil perdonar, como peligroso abrir.

Faure, médico que se dedica particularmente á las enfermedades de ojos, ha presentado á la Academia una Memoria sobre la pupila artificial, y sobre un nuevo método de operar la catarata, ideado por el doctor Buchorn de Magdeburgo, que denomina *keratonixis*. Consiste en hacer pasar la aguja de la catarata, no como se habia hecho hasta aquí por cualquier punto de la esclerótica, sino al través de la córnea trasparente. Este método ha dado muy felices resultados á Faure, cuya Memoria es apreciable por otra parte, por la exactísima esposicion de los diferentes vicios que requieren una pupila artificial, y el juicioso analisis de los procedimientos operatorios que convienen á cada uno de ellos.

Año 1820.

La calentura amarilla, ese terrible azote de

nuestras islas de azúcar, no lo es menos que la peste de Levante. Según una nota de la mortandad que ha ocasionado, ha arrebatado en las ciudades en que se ha introducido la cuarta parte, y algunas veces la tercera y aun más de su población. Confinada por largo tiempo en las ardientes regiones del nuevo continente, parece amenazar al presente toda la Europa. Cuatro veces en veinte años ha assolado á Cádiz: mas de veinte mil almas han sucumbido á sus tiros en este solo puerto. No se ha mostrado menos cruel en otros puertos de la Península, y hasta en Liorna. No es pues de estrañar que los gobiernos hayan procurado hacer estudiar mejor esta enfermedad, y se hayan indagado con zelo los medios de preservar de ella á los pueblos; ni que los facultativos que han tenido ocasion de observarla en los lugares donde es mas frecuente, se hayan apresurado á ofrecer el tributo de sus luces.

Ha sido pues muy considerable el número de obras y excelentes tratados que tienen por objeto la fiebre amarilla; pero, lo mismo que sucede con otros que versan sobre diversos puntos los mas importantes de la medicina, falta mucho para que tanta ciencia, y observaciones tan multiplicadas, hechas con tanto esmero como valor, hayan conducido á resultados ciertos.

La principal cuestion, la que interesa sobre todo al Gobierno, dista mucho aun de hallarse resuelta. ¿La fiebre amarilla se propaga por contagio de persona á persona? Los desgraciados que han sido una vez infectados ¿la llevan por todas partes con ellos mismos? ¿Son necesarias, para alejarla de nosotros, medidas sanitarias análogas á las que se adoptan contra la peste? ¿Estas medidas son suficientes?

¿O bien nace esta calamidad solamente de la accion combinada del aire, del suelo, de la temperatura, y de las emanaciones nocivas y pútridas, de suerte que por una parte las barreras exteriores serian impotentes obstáculos contra ella para los lugares sometidos á la influencia de estas causas; y por otra, los enfermos no la llevarian á parajes donde las mismas no obrasen, y el acercarse á estos desgraciados no aumentaria en nada el peligro de las personas que se interesan en su suerte?

En el primer caso verianse los enfermos abandonados de sus amigos y de sus parientes; el valor mas noble y la caridad mas heróica serian solamente los que se atrevieran á socorrerles; la entrada en muchos puertos estaria sujeta á molestas formalidades; pondrianse trabas al comercio; no se podria comunicar con América sino del mismo modo que con Egipto y Turquía:

pero á lo menos estaríamos seguros de no ver ya despoblarse nuestras ciudades por un cruel azote.

En el segundo, podria temerse con razon que no renaciese en algun tiempo este mal; pero entretanto nos ahorrariamos pavorosas é inútiles precauciones, y á la aparicion de la epidemia tomariáanse las medidas que reclama, sin ver en cierto modo disuelta la sociedad por el terror.

Desgraciadamente cada una de estas opiniones tiene partidarios igualmente hábiles, igualmente fieles, igualmente experimentados; y si los gobiernos no habian de seguir otra regla que una solucion científica rigurosa, no verian por todas partes mas que perplejidad y embarazos.

Devezé, por ejemplo, que ha visto y tratado la calentura amarilla en Santo Domingo, y en la época de sus mayores irrupciones en Filadelfia, se ha declarado hace mucho tiempo contra el contagio, y acaba de reproducir su doctrina en una obra presentada este año á la Academia, que ha sido ya publicada.

Ha visto reinar esta enfermedad esporádicamente en las Antillas, atacar con viveza á los extranjeros, arrebatárlos enteros llegados de Europa; y jamás ha notado que el trato con los enfermos fuese peligroso para las personas sanas. El clima ejerce sus furores en los indivi-

duos acostumbrados á otra temperatura, siendo él unicamente el que obra: los criollos, que ordinariamente están menos espuestos á ser atacados de este mal que los Europeos, adquieren mayor susceptibilidad cuando han pasado algunos años en países templados. En Filadelfia, segun Deveze, provino la fiebre amarilla del calor combinado con las emanaciones pútridas de los canales y calles poco limpias; pero no existe, no se estiende sino en los lugares en que subsisten las causas que la han producido; solo están amenazados los que se esponen á la influencia de los focos de infeccion; no se estiende por los campos, colinas, ni parajes elevados; los enfermos que la han contraido en la ciudad se dispersan por los campos, donde van á morir sin comunicar su mal; puede tratárseles y cuidarles impunemente; y por solo gratuitas suposiciones se atribuye la importacion á buques venidos de las Antillas. Si los barcos donde habia reinado la han introducido en algunos puertos, si hospitales donde estaban reunidos muchos enfermos calenturientos la han diseminado por sus alrededores, ha consistido en que estos buques, estos hospitales se habian trasformado en focos de infeccion, y obraban como podrian hacerlo aguas estancadas y corrompidas. Esta opinion ha sido apoyada por Sedillot en una Memoria leida igual-

mente á la Academia, y en la cual la estiende al tifo y á la misma peste; mientras en otra Memoria concebida con ideas absolutamente opuestas ha procurado establecer Androuart que hasta la calentura intermitente puede hacerse contagiosa.

Sin apartarnos de la fiebre amarilla, uno de los que han sostenido con mas teson su naturaleza contagiosa es Moreau de Jonnés, quien se ha visto espuesto á ella como militar, y la ha observado con el mayor esmero como facultativo.

En una estensa obra titulada *Monografía de fiebre amarilla* hace advertir que este terrible mal atacó á los Europeos desde el segundo viaje de Colon; que los asoló quantas veces permanecieron por mucho tiempo con los naturales; que no ha sido llevado á Europa y á los Estados Unidos sino en raras y determinadas épocas; que nunca ha sido esporádico en estas regiones; que en algunos casos bien justificados ha sido manifiestamente transmitido por comunicacion, mientras que en otros no menos ciertos no ha podido penetrar por haberse adoptado una completa secuestracion. De donde concluye que si el mal no se esparce mas allá de ciertos límites, que si no ataca á todos los que se acercan á los enfermos, consiste en que su comunicacion exige ciertas condiciones que afortunadamente no se

verifican siempre, ni en todos los lugares; que en una palabra, no es enfermedad indefinidamente contagiosa; que acaso no es enfermedad que exija un contacto inmediato; sino que, originaria esclusivamente de ciertos lugares, los que están atacados de ella pueden trasmitirla á otros cuando el suelo y el clima son á propósito para su desarrollo, lugares sin embargo donde todas estas circunstancias no la hubieran producido si no hubiese sobrevenido este nuevo fermento.

Girardin, que ha observado la fiebre amarilla en la Luisiana, ha desenvuelto en una Memoria especial su opinion, compuesta en algun modo de las otras dos.

Segun él, esta enfermedad es ordinariamente esporádica, y no contagiosa; pero en ciertas épocas reina epidémicamente; se hace entonces mas dolorosa, mas mortifera, mas horrorosa en sus síntomas; y cuando ha llegado á cierto grado se hace susceptible de ser trasportada aun á los lugares mas sanos en sí, por poco que le favorezca la temperatura.

Despues de haber leído con atencion las obras de que acabamos de hablar, y las que en tan gran número se han publicado en apoyo de estas opiniones, es imposible desprenderse de la idea de que esta oposicion aparente mas bien

pende de teóricas sutilezas, que no ofrece utilidad práctica. En efecto, poco importaría, relativamente á la policía médica, que necesitase la fiebre amarilla de contacto inmediato para propagarse; poco importaría asimismo que en ciertos casos pudiese nacer por causas locales y sin ser importada, si por otra parte, como todos parecen convenir en ello, los individuos atacados, los buques en que ha reinado ó reina, pueden ser considerados como centros de infección, y ser colocados en el número de las causas locales que pueden hacerla nacer en lugares donde sin esto no habria jamás existido.

Prescindiendo entonces los gobiernos de los sistemas y distinciones de los virus, infecciones, y contagios, no están menos obligados á tomar serias precauciones; y es incontestable que en caso de duda es de su deber abrazar la opinion mas segura.

En todos tiempos han reconocido los médicos hábiles, que para tratar con éxito una enfermedad no era suficiente ceñirse á lo que anuncian los síntomas mas aparentes, ni suponer que exista precisamente la causa del mal en el punto en que se manifiestan el dolor y la inflamacion.

Desde muchos años ha hecho Portal aplicacion de esta teoría á las enfermedades que tienen su origen en el hígado, pero cuyos sínto-

mas ó efectos son tales, que inducen á colocar su asiento en el estómago ó intestinos. En una Memoria que ha leído este año á la Academia sobre las enteritides, ó inflamaciones de los intestinos que sobrevienen de resultas de afecciones hepáticas, ha reproducido esta doctrina: las relaciones de esta viscera con el canal intestinal, ya por su mutua situacion, ya por los nervios y vasos que van del uno á la otra, ya en fin por su comunicacion directa mediante el canal de la bilis, son efectivamente tan numerosas, que es muy difícil se halle afecto el hígado sin que se comunique su afeccion á los intestinos; y Portal ha demostrado que en muchos casos se cometen errores funestos para los enfermos tratando estas enteritides sintomáticas como enfermedades primitivas, y no cuidando de examinar el estado del hígado y la bilis.

Esta alterada ocasiona muy comunmente violentas inflamaciones y corrosiones en el canal alimenticio; y hay ejemplos de personas á quienes se ha creído envenenadas á causa de estas señales equívocas. El cólera-morbo y la pasion iliaca han tenido mas de una vez su causa primitiva en el hígado, segun Portal. El autor cita en apoyo de su doctrina muchos é interesantes ejemplos de su propia práctica, en los cuales graves enfermedades de este género han sido

curadas con prontitud cuando se ha tratado de atacarlas en su verdadero asiento.

Ha hecho ostension del modelo en yeso de un brazo en que se había presentado una elefancia de monstruoso volúmen: el enfermo murió veinte y dos dias despues de habérselo amputado, á los veinte y dos años de edad.

Desmoulins, doctor en medicina, ha dado una Memoria sobre el volúmen y masa del sistema nervioso en los marasmos causados por diferentes enfermedades. Habiendo hallado siempre el cerebro y los nervios de las personas muertas en este estado, tan voluminosos á proporcion como en las personas sanas, es de parecer que el exceso de irritabilidad que ordinariamente se observa en el marasmo, tiende precisamente á la conservacion del sistema nervioso en medio de la disipacion que experimentan los demas órganos, y de la falta de equilibrio que de ello resulta.

El doctor Chomel ha presentado á la Academia una observacion sobre cierta jóven sujeta á accesos de histerismo que fue acometida de unos períodos muy violenta. La belladona transformó esta tos en verdaderos ataques de histerismo, que cedieron despues con facilidad al uso de la quina.

El doctor Fournier-Pescay leyó el año último

un importante trabajo acerca de la accion de la música en nuestro sistema nervioso, y efectos medicinales que de ella resultan en algunos casos: cuenta ejemplos verdaderamente sorprendentes. Esta obra, de la que debíamos haber dado noticia en nuestro precedente analisis, ha sido olvidada por un yerro de bufete; y habiéndose despues impreso en el *Diccionario de las ciencias médicas*, nos limitaremos á remitir á él á nuestros lectores.

Año 1821.

No ha disminuido ciertamente el interés á favor del estudio de la calentura amarilla en una época en que parece amenazarnos de mas cerca este terrible azote. Así es que la Academia ha oído tambien muchas memorias nuevas sobre este importante objeto.

Moreau de Jonnés ha publicado un escrito sobre los fenómenos de su propagacion y principio contagioso, ya se manifieste importada por mar, ó por tierra, ó por las comunicaciones de los hombres entre sí en las casas y lugares públicos. De los numerosos hechos que ha reunido en sus obras precedentes, y de los que ha recogido de las relaciones de los mas recientes observadores, infiere que jamás se ha mostrado

esta enfermedad por la vez primera en un pais, si no ha sido importada por personas ó cosas infectadas de su principio contagioso; que nunca ha sido producida espontáneamente por causa alguna local; que no se estiende indefinidamente, y que se necesita para su propagacion cierto grado de calor y humedad, de suerte que se aleja poco de las orillas del mar ó de los grandes rios, se estingue en los lugares elevados, y es tanto menos terrible, quanto mas frios son la estacion y el clima. Las emanaciones morbificas son mas ó menos peligrosas segun el grado de energía que han adquirido del grado mismo del mal, y la cantidad que de ellas se halla acumulada; y así es como se esplican las anomalias que han dado lugar á tan violentas contestaciones: así es como la fiebre amarilla es mas contagiosa que la peste en el aposento cerrado de un enfermo, y deja de serlo en una montaña, en un peñasco insular, y en un lazareto espuesto á recia y sostenida ventilacion.

Desmoulins ha creido que el color amarillo de la piel no proviene de la bilis ni de ninguna lesion del hígado, sino de una congestion sanguínea en la piel y membranas mucosas de los intestinos, que produce el vómito negro y los equímoses, y por último la coloracion universal que se presenta despues.

Moreau de Jonnés ha descrito tambien el cólera-morbo de la India, otro de los contagios que algunas veces destruyen poblaciones enteras. En 1819 fue traído de Calcuta á la isla de Francia por una fragata inglesa, y en seis semanas perecieron de él mas de seis mil negros; pues, al revés de la fiebre amarilla, el cólera-morbo se ceba mas cruelmente en las personas de color.

Habiendo introducido la codicia en Borbon, á pesar de las prohibiciones del Gobierno, algunos negros atacados de esta dolencia, se comunicó bien pronto en el lugar donde fueron desembarcados; pero un cordon vigilante y severas cuarentenas lograron concentrarla en él. Se ha estendido por casi todo el Indostan, la China meridional, las islas Filipinas, y ha causado enormes estragos en todos estos países.

Dicen que el aceite de olivas, tomado interiormente con el éter y el alcanfor, es hasta el presente el único remedio que ha obrado eficazmente contra este mal.

El año anterior dimos cuenta del descubrimiento hecho por Pelletier, y Caventou de los principios que dan á la quina su virtud febrífuga, y que estos químicos han reconocido ser nuevas especies de álcalis. Faltaba justificar los efectos de estos principios aplicados en su es-

tado de aislamiento á la curacion de las fiebres intermitentes, y examinar si su uso podia acarrear algun inconveniente particular. Los doctores en medicina Petros y Chomel se han ocupado de este exámen. De sus esperimentos resulta que el uso de los sulfatos de quina y cinconina, tan ventajoso como el de la quina en sustancia por lo que toca á la curacion de las calenturas, no presenta tantos inconvenientes, en razon de la pequeña dosis que se necesita, y porque no fatigan tanto el estómago como la quina en sustancia, por la cantidad de materia leñosa é indigesta que contiene. Los nuevos remedios han sido preferibles, sobre todo en circunstancias en que el estado de irritacion del estómago no permitia el uso de la quina.

Bertin, hijo de un anatómico célebre que en otro tiempo contó la Academia entre sus miembros mas distinguidos, y que tambien cultivó con zelo y suceso la parte de la anatomia relativa á las lesiones orgánicas, ha comenzado desde 1811 á presentar á la Academia algunas preciosas observaciones sobre las enfermedades del corazon. Desde entonces habia reconocido en este órgano diversas alteraciones dependientes del espesor de sus paredes con estrechez de sus cavidades, endurecimiento, reblandecimiento de su tejido, ó sin ninguna de estas

modificaciones: alteraciones en que habian parado muy poco la atencion los anatómicos patólogos. Ha continuado sus investigaciones sobre esa especie de nutricion superabundante ó hipertrofia que se produce unas veces en un ventrículo, otras en otro, algunas en los dos, y que puede afectar mas ó menos las diferentes partes. Estas alteraciones no son aneurismas ni dilataciones activas; y la energía de las paredes, lejos de hallarse aumentada, es algunas veces muy disminuida. Bertin prueba la realidad de estas variedades por disecciones bien descritas, las que ha tratado de hacer mas útiles uniéndoles los sintomas observados en los enfermos.

Otra observacion muy curiosa del mismo médico es la de una muger que ha vivido cincuenta y siete años, á pesar de tener desde su nacimiento un vicio de organizacion que parecia mortal. Las válvulas de su arteria pulmonar, unidas una junto á otra, no dejaban mas que una abertura de una línea de diámetro, de suerte que no pudiendo la mayor parte de la sangre atravesar el pulmon, volvía de la aurícula derecha á la izquierda por el agujero de Botal que estaba abierto, y el ventrículo derecho tenia su cavidad muy estrecha, y sus paredes espesas á proporcion. En tal estado de circulacion no podia adquirir la sangre en suficiente grado las

calidades arteriales: tambien habia tenido desde su infancia esta muger los labios amoratados, y cuando hacia alguna accion que requiriese fuerza, adquiria este color todo su rostro: habia llegado á tal punto esta deformidad á medida que habia ido avanzando en edad, que esta desgraciada no se atrevia ya á presentarse en público. Habiendo muerto de resultas de una hemiplejía, se hallaron en su cerebro dos colecciones de un líquido purulento.

Cruvelhier, doctor en medicina, ha presentado un interesante escrito sobre tres enfermedades muy á menudo funestas en la primera edad: el crup, la hidropesía aguda de los ventriculos del cerebro, y la perforacion espontánea de las tunicas del estómago.

Relativamente al crup, parece está convenido de una verdad consoladora, á saber, que siempre es posible detener los progresos de esta cruel enfermedad cuando se acude con tiempo. Sangrias locales repetidas hasta la pérdida de color del rostro, y los revulsivos mas enérgicos, son los medios que la esperiencia ha acreditado como á los mejores garantes de un éxito feliz.

Es mucho mas difícil conocer la hidropesía del cerebro y prevenir sus efectos: la desigualdad de la respiracion, la irregularidad del pulso, unidas á la debilidad de sensaciones internas y

esternas, han parecido al autor los síntomas mas notables en los principios, en que tanto importa marcarlos. Constristado del poco efecto de las sangrias en este terrible mal, ha ensayado practicarlas en la pituitaria de la parte posterior de la nariz, por medio de un instrumento á propósito.

Pero la parte de sus consideraciones que ha llamado mas la atencion, es la que trata de una desorganizacion de la membrana del estómago é intestinos que convierte sus tunicas en ciertos puntos en una especie de gelatina, y produce en ellos perforaciones que ocasionan la muerte inevitablemente.

Esta enfermedad fue epidémica en Limoges á fines del verano de 1819; y el autor ha observado su marcha y sus efectos en diez y seis individuos. Deyecciones verdosas, melancolía, y sobre todo una sed inestinguible seguida de náuseas y vómitos, terminan por un adormecimiento que solo es interrumpido por dolorosos gritos y movimientos convulsivos, y que va terminando la vida insensiblemente.

Al practicar la abertura de los cadáveres hase hallado el tejido de los intestinos reblandecido, hinchado, como trasformado en gelatina; pero sin vestigio alguno de inflamacion, y aun sin alteracion en el color de las partes: en medio de

tan grandes desórdenes en la economía, las funciones intelectuales son poco ó nada afectadas.

El método curativo mas eficaz es cruel; pues consiste principalmente en una absoluta abstinencia de bebida, cuando una sed extraordinaria es precisamente otro de los síntomas del mal. El opio ha producido tambien buenos efectos.

Dos jóvenes médicos, Parent y Martinet, han presentado á la Academia un trabajo notable por su exactitud, y por la precision con que se ven en él extractados de un gran número de observaciones cuantos resultados podían ofrecer.

Tiene por objeto una terrible enfermedad, la inflamacion de la membrana aracnóides, otra de las que rodean el cerebro y la médula espinal.

Han considerado este mal los autores, en estensos cuadros, con relacion á sus causas esteriore, á las edades, á los sexos de los atacados, á su mayor ó menor duracion, á los síntomas que presenta en sus diversas épocas y sobre todo en la de invasion, única en que puede esperarse atacarla con algun resultado, y sin embargo, la mas difícil de conocer; en fin, con relacion á los vestigios que deja despues de la muerte, ya en el órgano primitivamente afecto, ya en los que no lo han sido mas que simpáticamente.

Año 1822.

Portal ha leído una Memoria sobre algunas *fiebres tifoideas ó perniciosas remitentes ó intermitentes* que sobrevinieron, contra toda esperanza, durante el curso de muchas enfermedades, y que han sido curadas por la quina en sustancia; las cuales intenta unir á la historia de otras fiebres tifoideas observadas por grandes médicos.

Ha prescrito el autor con éxito la quina en sustancia y á grandes dósés á enfermos muy conocidos, que padecian fiebres remitentes cuyos accesos, que siempre iban creciendo, anunciaban una muerte próxima aunque estuviesen complicados con accidentes que facultativos muy hábiles consideran como motivos para no administrar este remedio, tales como la ictericia, la hidropesía, gotas irregulares, disipacion de fuerzas por hemorragias considerables, vómito ú otras causas.

Despues de haber espuesto sus felices observaciones, concluye que es necesario abstenerse de abandonar un remedio cuyos resultados son seguros, por apelar á otro cuya eficacia no está bien acreditada en los casos ordinarios, y mucho menos en los que ha comunicado á la Aca-